

Discernir para elegir la voluntad de Dios

Cristian Peralta Núñez¹

RESUMEN

El discernimiento cristiano e ignaciano no debe confundirse con una técnica para nombrar emociones o con un mero ejercicio de autoaceptación personal. Se discierne para buscar y hallar la voluntad divina y, una vez encontrada, elegirla para vivir en consecuencia. Este artículo, partiendo de algunos rasgos de la cultura contemporánea, enfatiza la relación entre discernimiento y elección a la luz de la espiritualidad ignaciana.

PALABRAS CLAVE: Discernimiento, Elección, Determinación, Decisión, Emociones.

Hace unos años se me acercó un joven universitario pidiéndome conversar, escena cotidiana para muchos pastoralistas. Era un joven abierto a la fe, aunque su práctica sacramental era más bien puntual. Tuvo la confianza de acercarse porque le preocupaba que en su vida todo iba muy bien (familia, universidad, noviazgo y amigos...), pero experimentaba una cierta sensación de insatisfacción de la que no podía dar explicación. Acudió a un pastoralista porque algo de sus búsquedas conectó con su experiencia religiosa, quizás relacionado con aquel voluntariado del colegio que hacía años que no practicaba o con otras experiencias más adolescentes, pero no estaba seguro. Los que colaboran en la pastoral con jóvenes saben que mucho del acompañamiento se juega en el cruce inesperado de los caminos interiores, en las dudas y preguntas que exigen respuestas tenaces y en la disponibilidad para la escucha serena y abierta. Cuando le pedí si podía describir aquello que vivía su respuesta fue clara: «ese es el problema, no tengo palabras para expresar lo que siento y eso me pone muy nervioso». Le hacía falta un lenguaje con el que expresar lo que llevaba por dentro. Es decir, una cierta pedagogía interior que permita dar nombre a lo que interiormente vamos identificando.

¹ Agradezco al P. David Cabrera, S.J., sus aportes y recomendaciones para este artículo.

*No debemos confundir
la facilidad para
nombrar y compartir lo
íntimo con la capacidad
para discernir
espiritualmente.*

Luego de varios encuentros y, teniendo yo como trasfondo inspirador las reglas de discernimiento propuestas por san Ignacio de Loyola en los *Ejercicios espirituales*, el joven fue nombrando lo que le sucedía. Con mucha habilidad adquirió el lenguaje ignaciano, pero un día me hizo una pregunta que me ayudó a reconocer el hecho de que ofrecer un lenguaje no es suficiente. Dijo: «ya sé lo que me pasa y me parece muy claro que Dios me está invitando a cambiar algunas actitudes, pero ¿y ahora qué hago?». Tenía la lucidez de quien es capaz de describir lo que le pasa, pero le faltaba la valentía y el coraje para *elegir* lo que se le mostraba como voluntad de Dios. El arrojo para optar por aquello que descubre que le conduce a un mayor bien para su vida, para su relación con los demás y con el Señor. Yo, mientras tanto, me hacía consciente de que no solo se debe ayudar a nombrar lo que ocurre internamente, sino que, si corresponde con el proceso de la persona, se han de proporcionar herramientas para *hacer sana y buena elección* [Ej 175].

Al hilo de lo anterior fui percatándome de que no es extraño encontrar en ambientes de diversa índole, desde espirituales hasta sociales, la invitación a conectar con nuestro interior e identificar aquellas emociones que experimentamos. La acogida y aceptación de lo que ocurre en la intimidad de nuestro ser se concibe como un elemento necesario para la integración personal, la consolidación de la propia identidad y una ayuda para alcanzar los objetivos, ya sean personales o grupales, que nos proponemos. Como consecuencia, en la cultura contemporánea, se va fomentando y adquiriendo una cierta habilidad para nombrar las emociones, deseos y pensamientos que discurren en nuestra intimidad y, en cierto sentido, una mayor soltura para comunicar aquello que anteriormente quedaba relegado a lo privado, llegando incluso a ventilarse en el amplificado universo de contactos que posibilitan las redes sociales. Ahora bien, no debemos confundir la facilidad para nombrar y compartir lo íntimo con la capacidad para discernir espiritualmente. Conviene recordar la importancia que para discernir hay que ser acompañado por otro. Ningún proceso de discernimiento puede hacerse solo, la exigencia de la conversación de nuestra intimidad pone luz a lo que sentimos.

El discernimiento cristiano no se limita a la mera asignación de nombres de aquello que se vive internamente; tampoco es una técnica de autoaceptación personal ni mucho menos el cálculo autorreferente de las opciones posibles para la satisfacción de los propios deseos. Discernir cristianamen-

te apunta a la búsqueda consciente y activa de la voluntad particular de Dios para la propia vida y entraña en sí la libre determinación de quien discierne para elegir aquello que se revela como invitación del Señor [cf. *Ej* 169]. Por tanto, discernir, al modo cristiano, solo es posible en relación con nuestro «Criador y Señor» [*Ej* 15].

El discernimiento, a su vez, «es un don que hay que pedir»² y dicho don se complementa con la libre determinación de quien discierne para elegir aquello que es voluntad particular del Señor para su vida y, de este modo, llevarlo a cabo con la ayuda de la gracia. De otra manera, *discernir es necesario para elegir* consecuentemente según aquello que el señor nos muestra como su voluntad. Existe la posibilidad de reconocer la voluntad de Dios y rechazarla (cf. *Mc* 10, 17-30), pero lo más propio es que, quien se empeña en buscarla, al encontrarla, la elija. Dicha elección, posteriormente, ha de traducirse en decisiones, actitudes y modos de proceder concretos que sean coherentes con lo que se manifiesta como voluntad divina [cf. *Ej* 315]. En este artículo centraremos nuestra argumentación en la necesaria relación entre discernimiento y elección a la luz de la espiritualidad ignaciana, así como los rasgos de la cultura contemporánea que pueden provocar que el lenguaje del discernimiento se confunda con una técnica para dar nombre a lo que ocurre en el interior sin consecuencias para la vida.

1. Algunos elementos culturales

Para los que hemos sido tocados de una u otra manera por la posmodernidad, el discernimiento y la elección de vida tienen ciertos desafíos particulares. Y es que algunos estudiosos de la cultura contemporánea, Byung-Chul Han entre ellos, denominan la actual inclinación hacia lo íntimo como la «tiranía de la intimidad»³. Lo afirman pues, no pocas veces, dicha inclinación se transforma en una imperiosa necesidad de *transparentar* o *exteriorizar* lo que sentimos, ya sea en la búsqueda de aprobación o de confirmación o, por lo menos, de una acogida respetuosa por parte de los demás. No se espera de los demás ni la discrepancia ni la evaluación u orientación moral de nuestros sentimientos, mucho menos la confrontación; lo que se pretende es el libre despliegue de la propia autenticidad.

Ahora bien, estos autores nos advierten que, aquello que a veces se presenta como respeto –esa consideración o deferencia que proviene de aque-

² PAPA FRANCISCO, *Gaudete et exultate*, n. 166.

³ BYUNG-CHUL HAN, *La sociedad de la transparencia*, Herder, Barcelona 2013, 69.

llos que nos rodean—, es más bien una incapacidad de padecer o sentir *con* y *por* el otro —apatía—, que se escuda bajo el valor cultural de la tolerancia. En otras palabras, no es que se respete o tolere al otro en su intimidad, sino que aquellos que nos rodean nos pueden resultar totalmente indiferentes. Por ello no es extraño que Gilles Lipovetsky afirme: «el intimismo generaliza la indiferencia»⁴. Si los que nos rodean no despiertan en nosotros ningún tipo de interés o afecto, nos son «indiferentes» y tanto sus valores, como sus proyectos, necesidades y sueños quedan relegados al «reino de lo igual»⁵. De otra manera, si todo es igual, todo pierde valor y no hace falta discernir ni elegir nada, simplemente es necesario que cada uno se deje llevar por aquello que se le revela a cada instante como bueno o placentero. Desde esta perspectiva se pueden comprender «los constantes saltos entre opciones y proyectos, muchas veces contradictorios, de los que se convierten en víctimas los sujetos posmodernos»⁶. Aprovechando una imagen, es una especie de política de puertas abiertas, entendida como aquella que no cierra ninguna posibilidad, sino que simplemente vive anclado en el presente de sus emociones. Discernir, al modo que nos propone san Ignacio de Loyola, supone el arduo trabajo de hacernos conscientes de aquello que nos mueve y preguntarnos si nos conduce al fin para el que hemos sido creados. Ya desde el comienzo del itinerario ignaciano, el *Principio y fundamento* [Ej 23] nos sitúa ante la evidencia cristiana que para cumplir aquello que Dios desea de nosotros, tenemos que desear y elegir, por tanto, optar y determinarnos se convierte en la dinámica de la criatura. De aquí que habrá de acoger o rechazar dichos movimientos interiores, según sea coherente o no con nuestro fin más original. No es cierto que todo dé igual.

Demos un paso más. Con frecuencia se exponen públicamente emociones, pensamientos y deseos íntimos cuya única criba plausible es la de aquel que las exhibe y éste espera de su auditorio una acogida sin resistencia, es decir, acrítica; dado que lo contrario traicionaría la llamada a la construcción de sociedades donde prime el valor de la tolerancia. Esto, ciertamente, es un camino hacia la autorreferencialidad. «El hombre actual permanece igual a sí mismo y busca en el otro tan solo la confirmación de sí mismo»⁷, afirma Han. Este círculo vicioso de autorreferencialidad, tiende a resguardarse bajo la coraza del «yo soy así», que posibilita el surgi-

⁴ G. LIPOVETSKY, *La era del vacío: ensayos sobre el individualismo contemporáneo*, Anagrama, Barcelona, 1987, 67.

⁵ *Ibid.*, 59. Cf. BYUNG-CHUL HAN, *El aroma del tiempo*, Herder, Barcelona 2015, 15-16.

⁶ C. PERALTA NÚÑEZ, *Elegir en tiempos de incertidumbre*, Mensajero – Sal Terrae – Universidad Pontificia Comillas, Bilbao – Santander – Madrid 2020, 185.

⁷ BYUNG-CHUL HAN, *La agonía del Eros*, Herder, Barcelona 2014, 33.

miento de dinámicas de inmovilismo o rigidez, impidiendo con ello que actúe el sople del Espíritu⁸. Más aún, «los fenómenos de individualización o autorrealización tienden a llevar a la frustración, pues al referir la felicidad al individuo mismo, a sus criterios y al mero bienestar personal, donde todo es igual, lo coloca también como el gran provocador de sus propios fracasos»⁹.

Sin abrirnos a Dios ni a la presencia diversa y activa de los otros a nuestro alrededor, no es posible un discernimiento cristiano –decidir ignacianamente–, puesto que éste implica el reconocimiento del carácter *creaturaly relacional* de nuestra existencia [cf. *Ej* 23, 60, 235, 330]. Se requiere también la valentía para confiar en el Creador y en las otras criaturas. Entre otras cosas, el coraje para ejercer nuestra libre determinación para elegir aquello que más conduzca a una vida según la voluntad de Dios. En este sentido, a nuestro modo de ver, el incremento en la exposición de lo íntimo no se traduce en mayor capacidad de discernimiento. Más aún, puede conducir a cierta parálisis conformista que simplemente vive de lo que siente sin saber a ciencia cierta hacia dónde encauza su vida. Desde la psicología, denominamos éstas como dinámicas narcisistas o egocéntricas, donde la exclusividad la tiene siempre el yo personal.

Recordemos que «la consolación espiritual y la desolación espiritual son estados de la afectividad, pero no se definen por su disfrute sensible y aun espiritual, sino por su dirección, es decir, si este sentimiento o estado de la afectividad tiende hacia Dios o se aparta de él»¹⁰. Discernir presupone una relación profunda, honesta y abierta con el Señor y la ayuda de los demás, en tanto que colaboradores del Creador. No discernimos para quedar igual a nosotros mismos, sino para descubrir el modo particular en que el Señor nos llama a configurarnos con su Hijo [cf. *Ej* 135]. En otras palabras, sentirse bien consigo mismo no basta, pues cada persona tiene un sistema emocional que puede guiarle a un estilo de vida autodestructivo. Nos puede servir de ejemplo aquel relato del joven rico, que se marchó entristecido cuando se vio confrontado con la invitación de Jesús ante la posibilidad de dejarlo todo y seguirle (cf. *Mc* 10, 17-30). Sería excesivo decir que el joven rico del evangelio entró en dinámicas de autodestrucción poste-

⁸ PAPA FRANCISCO, *Gaudete et exultate*, n. 168.

⁹ C. PERALTA, *Elegir en tiempos de incertidumbre*, 185-186. «Hoy, el éxito o el fracaso se remiten a la responsabilidad del individuo. De pronto, la vida entera se nos presenta como un gran desbarajuste, con el sufrimiento moral de no estar a la altura de la tarea de construirnos solos». Gilles LIPOVETSKY, *La sociedad de la decepción: entrevista con Bertrand Richard*, Anagrama, Barcelona 2008, 31. Autor.

¹⁰ M. J. BUCKLEY, «Discernimiento», en *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana*, ed. por Grupo de Espiritualidad Ignaciana, Mensajero – Sal Terrae, Bilbao – Santander 2007, 609.

riormente al encuentro con el Señor. Pero es cierto que, probablemente, el sistema emocional de este personaje que se sentía bien consigo mismo, se agrietó al sentirse invitado a algo más radical. La vida propuesta por Jesús le resulta muy exigente. La clave de la felicidad no está en *dejarlo todo*, sino en el reconocimiento de que lo hace por Jesús y por caminar con Él. De aquí que la sensación de bienestar y felicidad con uno mismo no es suficiente para tomar una buena decisión; se necesita la luz del Espíritu que interpela, mueve, orienta y conduce coherentemente hacia el fin. Es clarificador en los términos del discernimiento desde esta clave afectiva¹¹:

«El Discernimiento de espíritus es un proceso de clarificación por el cual una persona –mediante su conocimiento íntimo de Cristo– examina sus tendencias y movimientos internos y externos, y a le lleven más cerca de Dios o le alejen de Él. Este discernimiento facilita la decisión sobre la manera cómo esa persona va a presentarse ante Dios».

En consonancia con lo anterior, discernimos para ser alcanzados por la consolación divina [cf. *Ej* 316] y con ello determinarnos con toda nuestra libertad y querer [cf. *Ej* 32] por aquello que se muestra como voluntad de Dios para la propia vida. Discernimos para elegir aquello que más nos conduzca al fin para el cual hemos sido creados [cf. *Ej* 23, 169]. De aquí que, superando la tentación acomodada y conformista del intimismo, hemos de discernir y elegir, encarnando en la historiala voluntad de Dios.

La expresión de las emociones en los procesos de discernimiento es, por tanto, clave e importante. Tenemos que tener en cuenta que no podemos referir únicamente a las emociones cuando discernimos y, mucho menos, tasar de imposibilidad en aquellas personas insuficientes en la mera expresión emocional¹². Lo que sí advertimos es que la preponderancia que la cultura contemporánea da a las emociones no debe provocar una reducción del discernimiento a una mera técnica de autoconocimiento y autoaceptación personal. Las emociones, según Franz Meures, son reacciones psico-fisiológicas espontáneas y que, por dicha razón, pueden resultar perturbadoras, ya que no siempre se puede identificar su origen ni la razón por la que nos mueve a una acción determinada, según el contenido de la emoción que

¹¹ F. MEURES, «La dimensión afectiva en el discernir y decidir»: *Revista de Espiritualidad Ignaciana*, XXXIX (2008) 74.

¹² Sirva de referencia la relación entre el miedo como emoción humana y la moción en clave espiritual. Cf. D. CABRERA MOLINO, «Superar el miedo. Alentar las mociones», en *Psicología y Ejercicios Espirituales*, editado por José García de Castro, María Prieto y Ana García-Mina, Mensajero – Sal Terrae – Universidad Pontificia Comillas, Bilbao – Santander – Madrid 2021, 510-519.

sentimos. Ciertamente las emociones han de ser complementadas con el cálculo racional que modere la reacción espontánea de las emociones que les dé perspectiva y, además, le proporcione el realismo necesario para hacer que nuestra convivencia con los demás sea posible y sostenible.

El discernimiento espiritual se enmarca en ese segundo momento en el que ponderamos nuestras reacciones emotivas y las contrastamos con los valores culturales, sociales y espirituales que nos configuran, para desde allí determinar qué hacer de manera más acertada. Es aquí donde entra lo que Meures denomina como «madurez afectiva», es decir, esa capacidad para conocer y sentir las emociones que nos mueven y, a la vez, tomar distancia de ellas para actuar según los fines que nos proponemos y no dejarnos llevar por la mera impulsividad que las emociones exigen y, que probablemente puedan incurrir en el desorden de nuestros afectos. En el caso cristiano e ignaciano esa capacidad de conocer y sentir las emociones pasa necesariamente por la criba de la autorrevelación divina: Jesucristo, en quien se esclarece el misterio del ser humano y su vocación última, la divina¹³. El discernimiento cristiano no es una técnica solipsista, es un don que recibimos para descubrir el modo en que el Señor desea manifestarse en la historia a través de nuestra vida.

El discernimiento cristiano no es una técnica solipsista, es un don que recibimos.

2. Discernir para elegir

La tentación de quedarnos absortos al calor de lo que sentimos y no tomar ninguna decisión ha estado presente desde siempre. A modo de ejemplo podemos recordar que mientras Ignacio de Loyola se encontraba en Venecia respondió a una carta recibida de parte de sor Teresa de Rejadell, religiosa del monasterio de Santa Clara en Barcelona, en la que ésta le solicitaba su parecer sobre algunos asuntos espirituales. Dicha carta, fechada el 18 de junio de 1536¹⁴, resultó ser un hermoso comentario y aplicación de las «reglas para en alguna manera sentir y conocer las varias mociones que en alma se causan» [Ej 313-327; 328-336] y de las «notas para sentir y entender escrúpulos» [Ej 345-351] que aparecen en los *Ejercicios espirituales*. Pero, como era costumbre en la época, la religiosa envió varias copias de la misma carta al santo de Loyola que llegaron en fechas diver-

¹³ Cf. CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et Spes*, n. 22.

¹⁴ Cf. IGNACIO DE LOYOLA, «A sor Teresa Rejadell (Venecia, 18 junio 1536)», en *Obras*, BAC, Madrid 2013, 662- 666.

sas. De aquí que Íñigo, aprovechando la recepción de una segunda carta de la religiosa con el mismo contenido, complementa lo expresado en la primera respuesta con una misiva más breve en la que apuntala algunos elementos de su respuesta anterior. En esta segunda carta afirma: «quien poco determina, poco entiende y menos ayuda»¹⁵. No basta con sentir lo que Dios quiere, hay que determinarse por ello. No es suficiente con descubrir las llamadas del Señor, hay que confiar en ellas y concretarlas en la vida. No es solo sentirse invitado a una vida desde el Creador, hay que decir libremente que sí y actuar en consecuencia.

Determinar, en lenguaje ignaciano, es decidir, es mover la voluntad hacia algo en aras de alcanzarlo o realizarlo¹⁶. Dado que la experiencia espiritual puede ser en muchas ocasiones ambivalente se hace necesaria la *discreción de espíritus* o *discernimiento* para aclarar su procedencia, pero, sobre todo, para adquirir lucidez sobre la dirección hacia donde nos conduce aquello que busca movernos internamente. Adquirir dicha claridad ha de movernos a elegir, a determinarnos por aquel camino que nos lleva a buen puerto, a la voluntad de Dios, bajo el presupuesto de que la voluntad divina es camino de plenitud para nuestra existencia. Por tanto, el discernimiento y su consecuente determinación por aquello que se descubre como deseo particular de Dios para nuestra vida tiene como fundamento, por un lado, el reconocimiento de nuestro ser creaturas de Dios y, por otro, la confianza, propia de quien se percibe amado, de que todo aquello que proceda del Creador es propuesta de salvación, camino de vida verdadera y, por tanto, de una felicidad. Tal fue la propuesta que Jesús hizo al joven rico. Vivir felizmente suponía más de lo que hacía. Dios pide de la criatura optar por la vida verdadera según el Reino de Dios.

Será aquí prudente recordar que el fin de los *Ejercicios* «es quitar de sí todas las afecciones desordenadas» [*Ej* 1], o al menos, «ordenar la vida, sin determinarse por afección alguna que desordenada sea» [*Ej* 21]. La decisión de quien discierne se ve alimentada por la deliberación, de carácter más cognitivo, y la inclinación afectiva del sujeto, llevando a una elección ordenada o desordenada, según su coherencia con el fin para el que hemos sido creados [cf. *Ej* 169]. De aquí la importancia de la indeterminación o indiferencia a la que se nos invita desde el inicio de los *Ejercicios* [cf. *Ej* 23] y que se nos recuerda constantemente en la oración preparatoria [cf. *Ej*

¹⁵ IGNACIO DE LOYOLA, «A sor Teresa Rejadell (Venecia, 11 de septiembre 1536)», en *Obras*, BAC, Madrid 2013, 667.

¹⁶ Cf. A. HORTAL ALONSO, «Determinación», en *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana*, ed. por Grupo de Espiritualidad Ignaciana, Mensajero – Sal Terrae, Bilbao – Santander 2007, 580-584.

46]. De otro modo, el discernimiento (dimensión afectiva), unido a la deliberación (dimensión cognitiva), busca, a la luz del Espíritu, determinar y mover la voluntad para elegir aquello que es más coherente con la voluntad del Creador.

Ciertamente, discernir es un proceso complejo y, sin embargo, posible, puesto que es un don de Dios. El discernimiento no consiste en la mera identificación de las *mociones espirituales*¹⁷, ni se centra únicamente en los sentimientos; tampoco pretende la simple aceptación acrítica de lo que ocurre en nuestro interior, sino que parte de una disposición de escucha al Espíritu que impulsa a «buscar y hallar la voluntad divina» [Ej 1]. En otros términos, discernir es escudriñar en nuestro interior para escuchar la voz del Señor en aras de escoger aquello que más nos «conduce al fin para el que hemos sido creados» [Ej 23]. Por tanto, discernir no es una búsqueda de aquello que «más me parece o apetece», sino la escucha atenta para descubrir lo que el Señor desea para mi vida particular. Se discierne para elegir aquello que es propuesta particular de Dios para mi vida. Esto presupone una serie de condiciones que ayuden a conducir a una sana elección¹⁸.

El discernimiento ignaciano parte de dos afirmaciones antropológicas: primero, el ser humano tiene un fin que le es dado y donde encuentra su plenitud: «alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor» [Ej 23]. No discernimos cuál es el fin de nuestras vidas, sino que discernimos para descubrir el modo más adecuado y particular de desplegar dicho fin en el aquí y ahora de nuestra existencia, según los dones particulares y llamadas del Señor. Para el santo de Loyola la plenitud de nuestra existencia no se alcanza a través de la autodeterminación, sino en la relación con aquél que es fuente de nuestra existencia, el Creador.

Segundo, para Ignacio de Loyola, en nosotros actúan tres pensamientos con origen diverso, dos que vienen de fuera, uno del buen espíritu y el otro del mal espíritu, que intentan incidir en nuestra voluntad para que elijamos según sus consejos, y otro pensamiento que brota de nuestra propia libertad y querer [cf. Ej 32]. Si no elegimos nuestro fin, sino que buscamos la manera en que se concretará nuestro fin en la historia, entonces el discernimiento se orienta a mantenernos ordenados hacia el fin que nos es dado y a descubrir y rechazar el modo en que el mal espíritu intenta desordenarnos del mismo. Quien hace los *Ejercicios* reconoce que en su vida interior

¹⁷ Cf. J. GARCÍA DE CASTRO, «Moción», en , ed. por Grupo de Espiritualidad Ignaciana, Mensajero – Sal Terrae, Bilbao – Santander 2007, 1265-1268.

¹⁸ Cf. Juan Antonio GUERRERO ALVES, «La práctica del discernimiento espiritual en la carta de Ignacio de Loyola a Teresa Rejadell del 18 de junio de 1536»: *Manresa* 73 (2001) 87-210.

se mezclan mociones. Así lo apunta san Ignacio: las varias mociones que en el ánimo se causan [Ej 313]. Es verdad, que en el espacio íntimo y nuclear de la experiencia mística se causan movimientos varios del buen o el mal espíritu, que conducen a caminos muy diversos, unos disponiendo a elegir en consonancia con la voluntad de Dios Padre y otros que alejan de dicha voluntad y desordenan la vida. Recibir y lanzar serán las dinámicas que se proponen en las reglas de discernimiento: seremos invitados a recibir aquellas mociones que sentimos que nos ubican en el camino de seguimiento y a lanzar las que percibimos que nos alejan de Dios.

Lo que se espera de un discernimiento cristiano, en el que la creatura reconoce en la voluntad de Dios una propuesta de plenitud para su vida, es que nuestra libertad y querer se determine por conformar la vida hacia aquello que es coherente con la propuesta del Creador y deseche aquello que más le aleja de ella. Por lo cual, el discernimiento espiritual no consiste solo en reconocer los engaños, sino que reclama, supuesta la libertad del sujeto que discierne, la elección de aquello que ayude a rechazarlos. Tampoco consiste en hacer una mera identificación de las llamadas del Señor, sino que invita a comprometerse activamente en responder a ellas con «determinación deliberada» [cf. Ej 98]. No basta discernir, hay que decidir y una vez decidido poner manos a la obra. Afirmaba Michel de Certeau:

«Todo está hecho porque se ha decidido. Pero todo queda por hacer, ya que nada está ejecutado. Tomada hoy, la decisión concierne el mañana; adelanta un futuro que aún no existe. Después de la oración que ha madurado en elección, después del asentimiento dado a la llamada interior es preciso atravesar de nuevo el umbral del silencio y afrontar la existencia cotidiana para dar cumplimiento a la palabra aceptada. Después de que ha sido indicada la tierra prometida, es preciso ir a tomar posesión de ella. Y solamente entonces despuntarán la realidad de la promesa y el valor de la decisión»¹⁹.

3. Tres acentos para la elección

Existen muchos elementos que en un proceso de discernimiento nos ayudan a comprender la necesidad de pasar de la identificación de las mociones a la elección y de ésta a la acción; aquí mencionamos tres por si ayudan. Primero, en el proceso de discernimiento es importante tematizar el carácter *relacional* de nuestra existencia y de nuestra fe. No discernimos mirándonos a nosotros mismos, sino a nuestro «Criador y Señor». En este sentido, para quien discierne, saber que no está solo también le abre las

¹⁹ M. de CERTEAU, «Les lendemains de la decisión»: *Christus* 14 (1957) 187.

puertas a la confianza y, por tanto, se genera una mayor certidumbre de cara a la elección. Tanto el papa Benedicto XVI como el papa Francisco lo han expresado de manera profunda y sencilla en su magisterio: «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva»²⁰. El discernimiento debe enraizarse en ese encuentro. Por otra parte, el papa Francisco en *Evangelii gaudium* afirma: «Solo gracias a ese encuentro –o reencuentro– con el amor de Dios, que se convierte en feliz amistad, somos rescatados de nuestra conciencia aislada y de la autorreferencialidad»²¹. Nuestras elecciones se hacen sostenibles si desde nuestra libertad nos disponemos al encuentro y a la confianza en el Señor y en los demás.

Un segundo elemento que se ha de tematizar en los procesos de discernimiento y elección es el de la *renuncia*. Eduard López Hortelano considera que el proceso de elección, entre diversas opciones, contiene cuatro elementos: «1) Detenerse ante las diferentes posibilidades; 2) Mirar el fin que se pretende; 3) Adentrarse en la interioridad donde se desarrolla “el discurrir” de los pensamientos; y 4) Renunciar asumiendo las consecuencias del camino elegido»²². El apartarse de algo que se pueda tener quizás sea el más difícil. La renuncia ciertamente se puede experimentar como pérdida, pero ayuda a poner el corazón en lo elegido y colocar la fuerzas de nuestros deseos en ello. No pocos procesos de discernimiento y elección fracasan por dejar demasiadas puertas abiertas que dispersan los afectos y reclaman el reconocimiento de su importancia.

Por último, también resulta prudente ayudar a hacer consciente a quien discierne de que las decisiones tienen un carácter *dinámico y procesual*, es decir, que han de ser confirmadas en el tiempo y que comprenden un camino de asimilación que va dando paso a matices y perspectivas que irán afinando, con la gracia de Dios, la elección realizada. Esto se sostiene gracias al ya mencionado carácter relacional de nuestra fe. El Señor no deja de comunicar a su criatura las diferentes maneras en que la elección realizada puede desplegarse en los diversos contextos, físicos y existenciales, en los que quien discierne puede encontrarse.

Abrirnos al Espíritu a través de un proceso de discernimiento nos moverá a elegir aquello que más nos conduzca a la voluntad divina y hará de nuestras vidas más fecundas espiritual, comunitaria y apostólicamente.

²⁰ BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, n. 217.

²¹ FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, n. 8.

²² E. LÓPEZ HORTELANO, «Renunciar es bueno»: *Sal Terrae* 107 (2019) 12.

